

Decimonoveno Domingo del Tiempo Ordinario – Ciclo A

Las tormentas son frecuentes en el lago de Genesaret: levantan olas enormes que suponen un gran peligro para la navegación. El episodio de Jesús caminando sobre las aguas también aparece en los evangelios de Marcos y Juan, pero solo Mateo relata cómo Pedro caminó sobre el agua. Esto pone de manifiesto la importancia que Jesús quiso que Pedro tuviera en la Iglesia.

En este episodio podemos apreciar la grandeza y la debilidad de Pedro, su fe y también la dificultad que tuvo para creer. Como escribe san Agustín: “Pedro dijo: ‘Señor, mándame ir hacia ti sobre las aguas’. Y Él respondió: ‘Ven’. Pedro bajó de la barca y caminó sobre el agua. Esto es lo que Pedro pudo hacer en el Señor. ¿Y qué pudo hacer por sí mismo? Al ver el viento, sintió miedo y, al empezar a hundirse, gritó: ‘¡Señor, sálvame!’”. Cuando confiaba en el Señor, era capaz de caminar sobre el agua; pero cuando confiaba en sí mismo, comenzaba a hundirse, por lo que clamaba al Señor para que lo salvara” (San Agustín, *Sermones*, 76, 8).

Este episodio tiene, naturalmente, aplicaciones para la vida cristiana. Como escribe san Gregorio de Nisa: “El Señor inspira y sostiene nuestra esperanza vacilante. Afianzó los pies de Pedro sobre la superficie del agua cuando el apóstol comenzaba a hundirse. Cuando nos ve ahogándonos en nuestras dudas y preocupaciones, tiende su mano —que es la Palabra— e ilumina nuestra mente; si caminamos de su mano, no conoceremos el miedo” (S. Gregorio de Nisa, *De beatitudinibus*, 6).

Jesús les dijo enseguida: “Tranquilicense y no teman. Soy yo. [...] En cuanto subieron a la barca, el viento se calmó. Los que estaban en la barca se postraron ante Jesús diciendo: ‘Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios’” (Mateo 14, 27. 32-33).

Padre Frei